

# Teatralerías

No cabe la menor duda que el público hace al teatro.

No sacan nada los actores con trabajar para círculos reducidos de espectadores, o para público intelectualizado y snob. Mientras hagan eso, el teatro seguirá siendo siempre un entretenimiento privado y sólo al alcance de algunos privilegiados. El teatro tiene que salir a la calle. Enfrentarse con el grueso público. De esta confrontación ha de resultar el renacimiento de las actividades teatrales.

La prueba está en Santiago. Hasta hace un año el teatro languidecía entre discusiones de élite, público snob, y representaciones intelectualizadas al máximo, manteniendo un falso campanilleo de teatro para todo espectador.

No hizo más que aparecer una compañía de revistas musicales e instalarse en el centro de la ciudad, para que la fiebre del teatro se encendiese en el público, el único Mesías que puede sostener estos espectáculos, y hoy en día la actividad teatral auténticamente popular permite estrenar a los autores y ganar público, manteniendo sus obras durante meses, como en el caso de Sergio Vodanovic, en el teatro Imperio, no para satisfacer a la crítica, por cierto, ni a círculos de élite, sino para contentar al público y crear en el autor la conciencia de que el teatro no se escribe para ser discutido en grandes salones, sino para ser aceptado o rechazado por el público.

El teatro debe representar a su pueblo, debe ser la respuesta dramática de los sentimientos colectivos de una época.

Lo prueban las críticas y comentarios que en su tiempo se escribieron sobre las obras de Shakespeare, de Ibsen, de Lope Vega, en sus respectivos países.

Y esas obras fueron los éxitos populares de aquellos días, y las obras maestras en nuestra época.

A nosotros nos falta mucho, y nos faltaría más si nos alejáramos del público para seguir satisfaciendo a los cerrados círculos que quieren ahogar al teatro entre el público snob.